RECENSIONES

ANGEL SANTOS HERNANDEZ, S. J., *Teología Bíblico-Patrística de las Misiones*. Santander, Editorial Sal Terrae, 1962. 242 pp.

Forma esta obra el volumen IV de una amplia *Misionología* concebida en doce volúmenes. En la misma trata el autor de estudiar el concepto de Misión tanto en el Antiguo como Nuevo Testamento y el pensamiento de los Santos Padres sobre el mismo. Por la imponente bibliografía reunida en las páginas 8-12 aparece que otros le han precedido en esta tarea, descollando sobre todo la literatura protestante. La idea de Misón se descubre en la misma historia del pueblo judío y se reafirma en varios textos de la literatura profética y sapiencial. Más clara aparece en el Nuevo Testamento, en donde se abren perspectivas más universales con el mandato expreso de Cristo dado a los Apóstoles de predicar su Evangelio a todas las gentes. Cristo fue el primer misionero, al que siguieron después los Apóstoles, principalmente San Pablo, el Apóstol de los gentiles.

Esta misma idea misionera se desenvuelve entre los Santos Padres, aunque aparezcan algo desdibujada en el conjunto de la literatura patrística, encaminada más bien en conservar y defender la fe de los fieles. El autor polemiza contra Charles, que encontraba en los escritos patrísticos pocos elementos para constituir una verdadera Misionología. Otros autores han sido menos pesimistas, y de su parte se coloca el P. Santos. Con paciencia va estudiando los diversos testimonios esparcidos aquí y allí, para concluir que, si bien es inútil querer encontrar en los Santos Padres una sistematizada exposición misional, con todo ofrecen ricos elementos de misionología.

Cierra el libro un índice alfabético personal, geográfico y general. La obra del padre Santos se lee con fruición, y los datos aportados tienen el valor de ofrecer en síntesis los elementos bíblicos-patrísticos para una teología misional.

L. Arnaldich, O. F. M.

Miscelánea Bíblica Andrés Fernández, en «Estudios Eclesiásticos», 34 (1960), 934 pp.

Bien merecía el benemérito P. Andrés Fernández, fallecido santamente en 1960, el homenaje de esta Miscelánea, preparada por los PP. José Sagüés, Sebastián Bartina y Manuel Quera. Se abre el volumen con la reproducción del telegrama del Card. Tardini, enviado en nombre de S. S. Juan XXIII, y cartas manuscritas de varios prelados de España. Sigue una nota bibliográfica y bibliografía del homenajeado, redactada por el P. Francisco Solá.

Los temas tratados en la Miscelánea se refieren a cuestiones generales o introductorias, y a estudios sobre el Antiguo y Nuevo Testamento. La colaboración es amplia, así como las lenguas en que están redactados los trabajos. Serían necesarias varias páginas para enjuiciar cada una de las aportaciones de los varios autores a esta Miscelánea. Algunas colaboraciones son breves; otras alcanzan mayor número de páginas, lo cual no siempre está conforme con la densidad de su contenido. Algunos de los trabajos que aquí figuran habían sido ya publicados con anterioridad, tales como el de H. Junker («Trierer Theologische Zeitschrift», 69 (1960) 65-74). El valor de los mismos es muy desigual. Mientras los más aportan una valiosa contribución a los estudios bíblicos, unos pocos parecen más bien un expediente para salir del paso. Pablo Termes, en su colaboración: *La formación de Eva en los Padres Latinos hasta San Agustín inclusive* (pp. 421-459) prefiere hablar de *carácter provisional* en sus conclusiones, afirmación que reafirma la reconocida solvencia y ponderación científica del autor. Su estudio contribuirá sin duda a la clarificación de esta importante cuestión, que si bien puede ser susceptible

Universidad Pontificia de Salamanca

de definición por los presuntos roces con cuestiones de fe, cae de lleno o está íntimamente unida con el problema del evolucionismo, calificado de *hipótesis seria*. De ahí la exquisita prudencia de la Comisión Bíblica al hablar de la formación de la primera mujer «ex primo homine» (EB n. 338). Importante es la aportación de R. Roca Puig: *Un pergamino copto en Barcelona* (pp. 837-885), que se describe y transcribe.

No cabe duda que esta Miscelánea Bíblica prestará muchos servicios a los exégetas, porque encierra muchas cosas y buenas. Corre a cargo del lector discernir cuáles son las colaboraciones más logradas, que para nosotros, son casi todas ellas. Por lo mismo, cabe felicitar a los Padres Jesuitas que han concebido y preparado este merecido homenaje científico-bíblico al P. Fernández.

L. Arnaldich, O. F. M.

Nikolaus MONZEL, *El Cristianismo y la Teología*. Investigaciones sobre el puesto del pensamiento teológico en el sistema de las ciencias. Trad. Andrés Pedro Sánchez. Col. «Cristianismo y hombre actual». Madrid, Guadarrama, 1962. 117 pp.

Nikolaus Monzel, catedrático de Doctrina Social cristiana y Sociología general de la Religión en la Universidad de Munich, deja, al morir, preparadas para la imprenta las páginas del presente estudio, publicadas por sus alumnos y compañeros. Lo que la Teología debe a Monzel se evidencia leyendo con sosiego este estudio en el que vuelca su inteligencia y su corazón. ¡Paradoja! Occidente, cuyo ateísmo político pone en peligro su misma existencia, admira la ciencia de Dios. Al profundizar, se descubre se la quiere excluir de su sitial en el concierto de las ciencias. Monzel prueba en el primer estudio el derecho de la Teología a ocupar un puesto de honor entre los conocimientos del saber humano.

La Teología, como ciencia de la fe fundada en la revelación, está llamada a vitalizar todo el organismo universitario y puede restablecer la unidad de todas las ciencias. Analizar y concretar el signifcado y la posición de la Teología en dicho organismo es la finalidad del segundo trabajo. No puede dejarse sin emoción la lectura del último capítulo de esta obrita: La muerte del teólogo. El estudio sobre W. Schwer resultó —coincidencia providencial— su propio panegírico necrológico. El que suspiraba por la luz ha quedado saciado con la visión de Dios.

L. Arias, O. S. A.

F. J. SCHEED, *Teología y sensatez*. Trad. de Ginés Arimón y Arsenio Pacheco. Barcelona, Herder, 1961, 424 pp.

Como dice el autor en el prólogo «este libro contiene teología, no la dosis masiva de teología que necesitan los teólogos, pero sí el mínimo indispensable que necesita todo hombre para vivir cuerdamente en la realidad, es decir, para ser sensato» (p. 9).

No es su propósito «centrar la atención sobre la voluntad, sino atender fundamentalmente a los problemas del entendimiento. No se trata de resolver una cuestión de santidad, sino de sensatez» (p. 13).

«Para que el alma pueda obrar plenamente, necesitamos una inteligencia católica no menos que una voluntad católica. Tenemos una voluntad católica cuando amamos a Dios y obedecemos a Dios; y obedecemos a Dios cuando amamos a la Iglesia y obedecemos a la Iglesia. Tenemos un pensamiento católico cuando vivimos conscientemente en presencia de las realidades que Dios, mediante su Iglesia, nos ha revelado» (pp. 13-14).

«Ahora bien, en este sentido, la mayor parte de nosotros poseemos voluntad católica, pero no muchos de nosotros tenemos entendimiento católico» (p. 14). «El problema que vamos a tratar en este libro es el de ver cómo nuestras inteligencias pueden «asimilar» la visión de la Iglesia, habituarse a esta visión, moverse en ella con facilidad y encontrarse a gusto en su ámbito. De un modo o de otro hemos de llegar a ser ciudadanos perfectamente conscientes del mundo real, viendo lo real en su integridad y viviendo totalmente en ella» (p. 21).

Universidad Pontificia de Salamanca

En breves preliminares expone Scheed con mucho tino y acierto los puntos siguientes: «Cómo la imaginación puede impedir la función del entendimiento», «el misterio y el modo de enfrentarse la inteligencia con él», «el esplendor del misterio», «la pureza del entendimiento» (pp. 22-34).

A continuación desarrolla muy bien y con gran sencillez y claridad la visión de la Iglesia sobre Dios, las criaturas y el hombre, donde toca las verdades más importantes de la fe en síntesis armoniosa y sugestiva, para terminar con un artículo intitulado: «La sensatez señala el camino de la santidad...».

Sin duda de ninguna clase se puede afirmar que la obra de Scheed, *Teología y sensatez*, es muy indicada y recomendable para todo católico adulto que aspire a formarse y vivir su fe.

Manuel Cuervo, O. P.

T. I. JIMENEZ URRESTI, *El binomio «Primado-Episcopado»*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1962, 164 pp.

Un libro oportuno, de actualidad y único en lengua española, que de conjunto aborda un problema tan palpitante como el de las relaciones entre el Episcopado y Papado. En una introducción con tres capítulos el Sr. Jiménez Urresti estudia la centralización y descentralización de la Iglesia Romana, así como el Primado y Episcopado en el Concilio Vaticano I. En la primera parte del libro se plantea el problema Primado-Episcopado en su aspecto teológico y en la segunda el aspecto canónico. Un apéndice sobre el Primado visto por un ortodoxo cierra las atrayentes páginas del libro.

No podemos negar que nos encontramos ante un libro erudito en el que el autor demuestra conocer la bibliografía y las corrientes modernas; que plantea los problemas y se esfuerza en darles solución y que significa una aportación no despreciable que los estudiosos sabrán apreciar debidamente.

Nos parece, sin embargo, que adolece de un defecto común en la literatura eclesial de nuestros días: proponer afirmaciones sin luego darles una base adecuadamente probativa. Si el Papa, preguntamos, no es un monarca absoluto, porque ha de atenerse al hecho de la institución del Episcopado (p. 57), ¿en qué limita el Episcopado el poder del Papa? ¿Cuál es la función específica y diferencial del colegio episcopal si el Papa tiene las facultades todas del Colegio? (p. 59). A estos puntos convendría darles mayor realce con un razonamiento más detenido y en el que apareciese bien clara la postura del autor. Puntos hay por otra parte, sujetos a discusión y que no todos ciertamente admitirán la opinión del Sr. Jiménez Urresti. Pero son cuestiones debatidas que deben respetarse mientras no haya más luz.

Veríamos con agrado en ediciones sucesivas uno o varios capítulos que recojan lo que la exegesis y la Tradición dicen sobre el binomio Primado-Episcopado con indicación de una selecta bibliografía. Hay que apurar hasta el máximo las fuentes. Echamos de menos una bibliografía organizada y un índice doctrinal y de autores.

U. Domínguez del Val.

Régis BERNARD, *La esperanza*. Trad. Constancio Ruiz Garrido. Madrid, Ediciones Fax, 1961. 206 pp.

En un mundo torturado, inquieto, angustiado, histórico, al borde del abismo, la esperanza cristiana es luz, calor, vida. San Pablo recuerda a los efesios el tiempo en que vivieron sin Cristo, sin derechos a la ciudadanía del cielo, extraños a las promesas, sin esperanza y sin Dios. El mundo de hoy es copia exacta de paganía y mitismo: una filosofía existencialista de horizontes sombríos, situaciones políticas inestables; zozobras e inquietudes en todos los continentes. Incluso los católicos corremos el gran peligro de contaminarnos de este ambiente desesperanzado. Es urgente vivir el optimismo de Cristo, dar testimonio de nuestra esperanza cristiana en el más allá. Régis estudia esta virtud

Universidad Pontificia de Salamanca

desconocida, profundiza en la pedagogía divina, muestra a Cristo como esperanza del alma. Luego sabe hermanar la esperanza con la fe y la caridad para terminar con la plegaria hermosa a la esperanza integrada en un vivir cristiano. La esperanza es remedio para las enfermedades de nuestro mundo actual, consuelo de angustiados, luz de caminantes empobrecidos, anémicos, desesperados. La lectura de esta obrita es como brisa de amanecer para toda alma enferma de nostalgias de Dios. El autor se adentra por la historia de Israel y hace resaltar las relaciones amigables que existen entre las virtudes teologales. Una nueva perspectiva que ensancha el corazón con el calor de una vida esperanzada.

L. Arias, O. S. A.

Los intelectuales ante la Caridad de Cristo. Valencia, Fomento de Cultura, 1962. 307 pp. Colección «Semana de los Intelectuales Católicos».

Indiscutible acierto el de Fomento de Cultura, Ediciones, traducir al español la colección íntegra de las Semanas de los Intelectuales Católicos. Los conferenciantes de esta primera semana son eminencias en el campo de las ciencias o de las letras: el Cardenal Suhard, Paul Claudel, Daniel Rops, M. de Broglie, E. Gilson, Romano Guardini, etc. El tema ciertamente sugestivo: la Caridad. Todos los títulos de este primer volumen, de interés inegable: justicia de los hombres, justicia de los pueblos y justicia de Dios; la medicina, alienación o liberación del hombre; el gran miedo de los hombres ante los progresos de la ciencia; por una reconstrucción espiritual de Europa; la conciencia católica entre los intelectuales expatriados; los intelectuales y la paz. Cierra la semana el arzobispo de Paris con una noble alocución. Prologa la edición castellana Carlos Santamaría, director de las Conversaciones católicas internacionales.

Semanas de honda transcendencia humana y cristiana por el renombre de los que intervienen, por los temas desarrolllados, sugestivos y orientadores, por la densidad de doctrina, sana y vigorosa, por que son un exponente magnífico de la presencia católica en el mundo de hoy. El lector español puede penetrar en el caos de ideas y pensares conducido por expertos de las alturas científicas y literarias.

Luis Arias, O.S.A.

CHARLES JOURNET, *Le mal. Essai theologigue.* Desclée de Brouwer, 1961, 334 pp.

A sus conocidas obras *La Messe, Theologie de l'Eglise, La volonté salvifique sur les petits Enfants,* añade Journet ésta sobre el mal, en la que resaltan las mismas cualidades de las anteriores, claridad y precisión en la exposición de las ideas, erudición y modernidad. La cuestión del mal, tan antigua y moderna en las grandes concepciones de los teólogos y filósofos, conserva en su obra el mismo carácter de eterna actualidad que siempre ha tenido.

Después de una breve introducción, estudia primero la naturaleza del mal y sus formas diversas (pp. 27-60). Pasa luego a considerar el aspecto metafísico del mal donde trata de la permisión del mal por Dios, y las relaciones que aquel tiene con la bondad y omnipotencia divinas, siendo esta parte la más importante y enjundiosa de la obra (pp. 61-133).

Se ocupa a continuación del mal físico, considerando en particular los sufrimientos de los animales y de los niños antes del uso de la razón, para caer después en el pecado y en las penas del mismo. La causa del pecado es el hombre y no Dios, el cual ni directa ni indirectamente es causa del pecado. La pena del pecado mortal es el infierno, cuya existencia está anticipa de alguna manera en el mismo pecado mortal (pp. 201-237). Analiza después las pruebas de la vida presente, originadas en el pecado del hombre, para terminar con una exposición a grandes rasgos del mal en la historia (pp. 269-304).

El pecado condujo a Jesús a los suplicios de la muerte de Cruz, en la que fuimos redi-

Universidad Pontificia de Salamanca

midos y salvados del pecado, a cuyo lado, muy cerca de su Hijo divino, estaba María «soportando absolutamente en su corazón todo el peso del dolor que ella debía tener, el peso terrible de la corredención del mundo» (p. 309).

Sin grandes alardes teológicos ni metafísicos, la obra de Journet sobre el mal es un estudio diáfano, correcto y actual, inspirado todo él en las grandes líneas del pensamiento de San Agustín y de Santo Tomás, muy recomendable a todos.

Manuel Cuervo, O. P.

La Maternité spirituelle de Marie, III (*Etudes Mariales*. Bulletin de la Société Française d'Etudes Mariales). Paris, P. Lethielleux, 1961. 55 pp.

En este corto número de páginas, la Sociedad Francesa de Estudios Marianos nos ofrece el fruto de su 61 jornada de estudios, celebrada en los días 10 y 11 de julio de 1961, en Lisieux, cerca del sepulcro de Santa Teresa del Niño Jesús. La fecha fue elegida, contra la costumbre de celebrar esas jornadas en el mes de septiembre, por haberse celebrado en el mismo lugar y en los días inmediatamente anteriores, el 8 Congreso Nacional Mariano, en el que tomaron parte principalmente los miembros de la Sociedad. Incluso el tema general fue el mismo: *La Maternidad espiritual de María*, si bien estudiado desde distinto punto de vista.

En dos años anteriores la Sociedad Francesa de Estudios Marianos había estudiado el tema: *La Maternida espiritual de María*, tanto en sentido histórico, como doctrina. y sistemático. Los trabajos de esta tercera jornada, vienen a completar la labor realizada anteriormente.

El valor interno del volumen debemos medirlo por el valor intrinseco y positivo de cada uno de sus trabajos. El P. Rondet, S. J., en su trabajo: *La Maternidad espiritual de María: síntesis de historia doctrinal*, no nos ofrece más que una reseña bibliográfica, no completa, de los trabajos llevados a cabo por la Sociedad Francesa sobre el mismo; una especie de valance informativo, en el que se apuntan los trabajos más valiosos y meritorios. El P. Manteau-Bonamy, O. P., relaciona el oficio de María, Madre de Cristo, con el de Madre de los hombres, partiendo del valor soteriológico de la Maternidad divina, viendo incluida en ella inicialmente la maternidad espiritual. A pesar de sus explicaciones, no vemos suficientemente explicado el concepto de maternidad espiritual, que no puede explicarse por esa cierta consubstancialidad de María para con los hombres (p. 31), pues ello es insuficiente. No deja de sorprendernos las reservas que se manifiestan acerca de la corredención. La explicación que el P. Philipon hace de la naturaleza de la maternidad espiritual de María no reviste novedad ninguna: incluso sus afirmaciones sobre la acción instrumental de María en la gracia, tema muy desarrollado en años anteriores y también muy controvertido. Su explicación se queda más acá de lo que otros mariólogos, a los que no se les presta atención, han expuesto. La explicación que hace del *tercer modo su subsistencia del Verbo encarnado en la Iglesia* (p. 37) es correcta, pero la terminología está expuesta a inexactitudes y equívocos, ya que el Verbo no subsiste —en el sentido que tiene en la teología el término *subsistir*— en la Iglesia, y ya que difícilmente se puede probar que el Verbo eleva a su Cuerpo Místico a la participación de su Personalidad divina. El texto de Pío XII, en la *Mystici Corporis*, comentando a San Roberto Belarmino, que el autor cita y transcribe, no tienen ese alcance doctrinal. El último trabajo de este volumen es original del P. M. J. Nicolás, O. P., en el que expone el valor analógico del concepto de maternidad, aplicado al oficio de María en la vida de la gracia. Con grande precisión y claridad de conceptos, con un riguroso orden lógico expone el concepto de maternidad —natural, sobrenatural, etc.— relacionando la maternidad de María con la maternidad de la Iglesia. El autor parece que se muestra remiso en aceptar la tesis del influjo positivo causal de María en la gracia, y habla más bien de una acción dispositiva.

Ciertamente, este volumen aporta pocas novedades a lo que ya es conocido en Mariología en torno a la prerrogativa de la Maternidad espiritual de nuestra Señora.

Universidad Pontificia de Salamanca

Sus estudios no ofrecen una investigación del problema, sino una simple síntesis sistemática. No son tampoco grandes sus méritos en el aspecto bibliográfico.

Enrique del Sdo. Corazón, O. C. D.

La Maternité Spirituelle de Marie. Rapports Doctrinaux (VIIIe Congrès Marial National, Lisieux, 5-9, juillet, 1961). Paris, P. Lethielleux, 1962. 188 pp.

Los trabajos reunidos en este volumen, sobre la Maternidad espiritual de María, son los presentados y leídos en el octavo Congreso Nacional Mariano Francés, celebrado en Lisieux, en los días 5-9 de julio, de 1962. Para enjuiciar su valor, no hay que perder de vista este hecho, ya que el temario, las formas de exposición, el estilo, etc., estaban condicionadas por una circunstancia: la de ser temas de un Congreso. Esta advertencia nos la hace el P. Hemery, al comienzo de su estudio, y debe aplicarse en la valoración de todos los restantes. No se aportan aquí investigaciones, ni soluciones nuevas, dice; no se pierda de vista que estamos celebrando un Congreso, y no unas jornadas de estudios.

Los temas que ofrecen mayor interés son, indudablemente, los históricos y los doctrinales. R. Laurentin estudia la maternidad espiritual de María en la Tradición viva de la Iglesia, pasando revista a los temas ya investigados por Barré, Jouassard, Th. Khoeler, etc. Para concluir, ha querido prevenir algunos peligros y desviaciones en la vida cristiana con relación a María, Madre espiritual de los hombres, oportunos para un Congreso, pero superfluos en un trabajo de estudio. Dom. Frenaud, O. S. B., expone una vez más la relación entre maternidad divina y maternidad espiritual; tema ya desarrollado por otros autores, a los que se remite. Juzgamos que no es muy exacta la afirmación que hace sobre la maternidad natural, diciendo que es corporal y espiritual, por incluir también el alma. Deben precisarse bien los términos de las relaciones. La maternidad tiene por término, aún en la natural, la persona. Interesante nos parece el tema expuesto por el P. Hemery sobre la Corredención y la maternidad espiritual, en el que sigue una sabia norma de método para una cuestión no plenamente esclarecida: escuchar a la Iglesia. El P. J. H. Nicolás, O. P., expone el tema: Mediación mariana y maternidad espiritual. Con criterio tomista, después de delimitar su campo de exposición, explica el concepto de mediación y la cualidad de Jesucristo, Unico Mediador, para pasar a estudiar después el lugar de los mediadores secundarios, concediendo un lugar preeminente a María, tanto en la mediación ascendente como en la descendente. En toda esta relación, considera a María más del lado de los salvados y redimidos, que del Redentor (p. 80). La consideración nos parece minimista y superada ya en los múltiples estudios en que se ha investigado y determinado el lugar de María en el Cuerpo Místico, a nuestro juicio más del lado de Cristo que de los cristianos. No tiene valor el recurso al texto de San Pío X, sobre el mérito *de congruo* de María, problema superado también en la mariología actual. Rechaza también el influjo positivo instrumental de María en la gracia, como imposible y superfluo. No aduce razones. Y en problema de tanta importancia, hubiera estado bien proponer las pruebas y los argumentos en que se apoya. En las pp. 69-70, establece una relación entre mediación-reconciliación-sacrificio, que en el orden hipotético, al menos, aparece falta de sentido y falsa, aunque históricamente sea objetiva. Joussard estudia la mediación de Nuestra Señora y el sacerdocio. El tema se concreta en la fórmula: María, Madre espiritual de los sacerdotes, que desarrolla analizando las relaciones de María con Jesús y con los apóstoles. Otro tema muy concreto es el que estudia el P. Paul-Marie de la Croix: vocación religiosa y maternidad espiritual, leído ante un grupo de religiosa, al que propone a María como modelo de esa maternidad espiritual, que es un sentimiento muy frecuente en la vocación religiosa femenina. El P. J. M. Nicolás, O. P., intenta hacer un ensayo de síntesis de la teología sobre la maternidad espiritual. Partiendo del concepto de gracia, como nacimiento nuevo, pasa a exponer el lugar que María ocupa en este nacimiento. La da el título de co-principio, mediadora de la nueva vida, estudiándolo como una prolongación de su cualidad de Madre de Jesús. Un poco unilateral nos parece la conclusión, en que afirma, que la maternidad espiritual, en el fondo, no es más que la mediación mariana, expresada por

Universidad Pontificia de Salamanca

una fuerte analogia, enraizada en la maternidad divina (p. 128). Ya que el autor entiende la mediación más bien como distribución de las gracias, haciendo de menos a la prerrogativa de la corredención. Otros trabajos, que completan este volumen, son más bien de circunstancias. Hemos de agradecer a los mariólogos franceses esta aportación, que pone al alcance de los cristianos la doctrina sobre la maternidad espiritual de María.

Enrique del Sdo. Corazón, O. C. D.

ABADIA DE MARIA LAACH, *Muerte y Vida*. Madrid, Edic. Guadarrama, 1962. 230 pp. (Colección. «Cristianismo y hombre actual», n. 36).

Es este un libro, en el que se comentan las postrimerías del hombre, los novísimos; o, haciendo exégesis de su título, en el que la vida se interpreta orientada hacia la muerte. Es de carácter ascético y espiritual, más bien que de carácter propiamente teológico. Esto no obstante, el fundamento de todas las consideraciones que aquí se hacen y el fondo de las explicaciones lo constituye la doctrina teológica acerca de los Novísimos. Integran el libro seis temas, originales de seis autores distintos.

Comienza el libro con un estudio sobre «la muerte en la vida del cristiano según el apóstol San Pablo», en el que el P. A. Kassing analiza detenidamente los textos de San Pablo acerca de la muerte, que nos configura con la muerte de Cristo, por ser el paso para la resurrección. Pone de relieve los valores ascéticos de la doctrina del Apóstol. H. Spaemann explica el sentido, el valor, la eficacia, e interpreta la historia del sacramento de la extrema unción, deteniéndose en la exégesis del conocido texto de la carta de Santiago, 5, 14-17. Como complemento, el P. A. Schoenen hace unas consideraciones sobre la *commendatio animae*, que resultan interesantes por los datos que aporta de la Escritura, de la liturgia y de la historiografía. W. Karles expone un tema muy difuso: «La muerte como fuente de vida de la historia». La idea fundamental podríamos resumirla así: la muerte es fuente de vida para la historia cristiana; la muerte es aniquilación y separación del Todo para la historia arreligiosa, atea, etc. Estudia el sentido de la muerte espiritual y corporal. Los últimos temas que se explican son: el juicio final, la resurrección y la vida eterna, y la liturgia del cielo. Particularmente nos ha gustado éste útimo tema, estudiado a través del Antiguo, del Nuevo Testamento y particularmente del Apocalipsis.

Encontramos algunas ideas bastante imprecisas y faltas, al parecer, de connexión temática. La traducción es realista y la impresión esmerada.

Enrique del Sdo. Corazón, O. C. D.

Bertrand GAULIER, *L'état des enfants morts sans baptême d'après saint Thomas d'Aquin* Col. «Théologie Pastorale et Spiritualité». Paris, P. Lethielleaux, 1961. 176 pp.

El problema de los niños que mueren sin el bautismo cuenta con una literatura inmensa. Hay teólogos que se refugian en suplencias imaginarias y algunos con Gumpel niegan sencillamente la existencia del Limbo. Gaulier es positivo. Divide su estudio en tres partes, más una breve introducción. En la primera estudia las fuentes de Santo Tomás: Escritura, tradición y teología medieval. La segunda se divide en dos secciones. La primera está dedicada al estudio de las causas formales del Limbo: privación de la visión intuitiva de Dios, pena de sentido, ausencia de aflicción. En la segunda habla de las causas materiales: conocimiento y amor natural con una mirada a las cuestiones conexas. En la última desarrolla el pensamiento tomista y sienta las conclusiones. Para el Angélico la necesidad del bautismo para salvarse es de una evidencia palmaria. En la economía actual es imposible un medio normal supletorio del bautismo. Los niños que mueren sin el bautismo son excluidos del reino de los cielos. Estamos en la línea tradicional de la enseñanza de la Iglesia. Aunque privado de la visión de Dios, el niño no bautizado no sufre pena alguna de sentido y goza de una felicidad natural. La exégesis de San Agustín

Universidad Pontificia de Salamanca

es acertada. Excluye la vida eterna de los pelagianos como posición intermedia, no el limbo de los cristianos. La distancia entre la felicidad natural y la sobrenatural tiene urgencias pastorales inaplazables.

L. Arias, O. S. A.

Melquiades ANDRES MARTIN, *Historia de la Teología en España* (1470-1570). Instituciones Teológicas. Roma, Iglesia Nacional española, 1962. 285 pp.

El subtítulo es orientador. No historia ideas, sino instituciones: facultades de Teología, estudios generales, colegios mayores. Es el primer paso para llegar a comprender actitudes personales en el planteamiento de problemas. El autor fija límites de tiempo: 1470-1570. La importancia de un siglo en plena fermentación lo aconseja. Se inicia un renovarse de los estudios teológicos. La vida política, social y religiosa evoluciona con ritmo sorprendente: conquista de Granada, expulsión de los judíos, descubrimiento de América, herejías, luchas entre teólogos y humanistas, florecimiento de escuelas y colegios mayores, aires frescos en la metodología de las ciencias sagradas, literatura polémica contra protestantes, mahometanos y hebreos; todo un despertar auténtico de los valores de España. Bien merece fijar la atención en un período en que se inicia y prepara el desarrollo espléndido de nuestro siglo de oro.

Andrés M. recoge, cataloga, ordena elementos, publicados sí, pero dispersos en publicaciones muy diversas y sabe ofrecer, en apretada síntesis, una panorámica brillante del saber teológico en España en un siglo colmado de esperanzadas inquietudes. Quedamos a la espera de un estudio ulterior que legitime el epígrafe presente: «Historia de la Teología en España».

L. Arias, O. S. A.

Severino VISINTAINER, *La dottrina del peccato in S. Girolamo*. Roma, Universitá Gregoriana, 1962. XVI-249 pp.

Esta tesis doctoral de Visintainer quiere ser una contribución a la historia de la teología moral. La literatura sobre el tema concreto en San Jerónimo puede considerarse nula hasta el momento. El autor espiga en los escritos del solitario de Belén y recoge los textos más sugestivos sin pretender agotar la materia. En tres partes distribuye su estudio:

Trata en la primera de la ley natural y de la ley del cristianismo; norma moral y moralidad del hombre; virtud y pecado, el bien y el mal, libertad y responsabilidad. En la segunda estudia la universalidad del pecado y las causas de esta universalidad. Finalmente en la tercera se ahonda en la naturaleza y gravedad del pecado, que es una esclavitud y una ofensa de Dios. No todos los pecados son iguales ni todas las virtudes. El autor, aprovechando materiales reunidos para un estudio sobre Orígenes, establece un parangón con San Jerónimo.

La técnica es la usual en esta clase de trabajos. Se apuntalan las afirmaciones con textos escogidos encuadrados en su contexto. La exposición es clara y precisa.

L. Arias, O. S. A.

ANTONIO CRISTOBAL SEBASTIAN, C. M. F., *Controversias acerca de la voluntad desde* 1270 *a* 1300 (Estudio teológico). Madrid, Coculca, 1958, 280 pp.

El tema de la libertad humana es uno de los más vivos y agitados en todo tiempo. El Obispo de París Esteban Tempier trata de poner fin en 1270 a ciertas doctrinas sospechosas que sobre ella circulaban en su tiempo, condenándolas. Lejos de producir la calma apetecida esta condenación enciende una hoguera de discusiones acerca del acto de la voluntad humana.

Universidad Pontificia de Salamanca

Como ya hizo notar Lotin se caracterizan estas discusiones por el empeño que ponen los que en ellas toman parte de estudiar preferentemente el funcionalismo de la voluntad: cómo la mueve el objeto, si es activa o pasiva en el acto de su volición, naturaleza de la autodeterminación, etc.

El P. Sebastián estudia y analiza los diferentes puntos de vista en esta cuestión de los autores comprendidos entre los años 1270 y 1300 cuyos escritos nos son conocidos, como el Quodlibeto XIV de Gerardo de Abbevile, la cuestion VI De Malo de Santo Tomás, el comentario a la Etica de Erfort de Amplon, las cuestiones sobre la voluntad atribuidas a Gauthier de Brujas, los Quodlibetos I, IX-XIII de Enrique de Gante, el manuscrito Vat. lat. 2173, Ricardo de Mediavilla y los maestros franciscanos posteriores a 1277, los Quodlibetos VI y XV de Godofredo de Fontibus, Tomás de Suton, y las Questiones disputatae De Anima de Rogerio Marston.

El autor utiliza todos los estudios hechos en los últimos tiempos sobre estos autores, de los cuales también hace la critica, teniendo muy en cuenta la cronología en el desenvolvimiento de las ideas. Cierra su estudio el P. Sebastián con unas interesantes consideraciones sobre el voluntarismo pseudo-agustiniano.

Es un estudio que merece tenerse en cuenta para el conocimiento histórico-doctrinal de las ideas acerca del acto de la voluntad humana.

Manuel Cuervo, O. P.

Erich PRZYWARA, *Teologumeno español*. Otros ensayos. Trad. Alonso López Quintas. Col. «Cristianismo y hombre actual», Madrid, Edic. Guadarrama, 1962. 188 pp.

El titulo alemán: «Ignatianisch», indica exactamente el contenido del volumen. En el 400 aniversario de la muerte del Fundador de la Compañía de Jesús, Przywara reúne en este volumen cuatro estudios ignacianos. El primero da nombre a la versión española y enmarca la figura señera del santo en el ambiente de lo teológico histórico. Da luego relieve al *Icono* de San Ignacio sirviéndose de la liturgia de su fiesta para destacar en ella tres ideas cumbres: el abandono, la vocación y la soledad. Lo característico de la Compañía puede condensarse en una inferioridad ascético-mística y en un anonimato perfecto. El último estudio es un parangón sutil entre el espíritu agustiniano y el espíritu ignaciano. Matiza las diferencias y sabe puntualizar las semejanzas entreverando contrastes. Común el ritmo, el dinamismo, el carácter abisal y su condición de trascendencia. Nos dice L. Quintas que Przywara es un virtuoso de los contrastes. El último estudio lo acerdita. Pensamiento denso y sutil sabe encontrar semejanzas en realidades opuestas. Su anhelo es, en frase de Host Krüger, unir la horizontalidad del aristotelismo occidental con la verticalidad mistica de la ortodoxia oriental, reducir a unidad el agustinismo y el ignacionismo. Convencido. Presenta Guadarrama con gusto.

L. Arias, O. S. A.

Baldomero JIMENEZ DUQUE, *La dirección espiritual*. Barcelona, Juan Flors, 1962. 123 pp.

En el pórtico indica el autor cuál es el contenido de este escrito sobre dirección espiritual, arte delicada y difícil. Es un resumen de experiencias y aportaciones de muchos autores. Jiménez Duque es un especialista en estas cuestiones, con veinte años de magisterio y contacto continuo con aspirantes al sacerdocio en el Seminario de Avila. Su palabra es sencilla, profunda, llena de un contenido espiritual riquísimo.

Estudia el hecho de la dirección y sus problemas (I); la dirección en sí misma (II); el director y los dirigidos (III); algunos problemas especiales de dirección (IV); direcciones especializadas: niños, jóvenes, hombres, mujeres casadas, religiosos, sacerdotes seculares, anormales por defecto o exceso (V). Una rica y selecta bibliografía orienta y adoctrina.

El criterio del autor es siempre firme. Sus sentencias tienen carga abundante de sentido común y pastoral. Por mi parte suscribo todas sus afirmaciones. Los directores

Universidad Pontificia de Salamanca

espirituales —especialmente si son óvenes— antes de asumir la responsabilidad de una dirección espiritual, convenia refrescasen sus ideas leyendo esta obrita que si es «tratadillo» por su brevedad, es un verdadero tratado por la densidad de su doctrina y la competencia del autor.

L. Arias, O. S. A.

Max PICARD, *La huida de Dios*. Trad. Narciso Sánchez Cortés. Col. «El Cristianismo y el Hombre actual». Madrid, Edic. Guadarrama, 1962. 209 pp.

El hecho. En todos los tiempos el hombre ha huido de Dios, pero con una diferencia: antes existia el mundo objetivo de la fe, hoy este mundo se ha desfondado. Picard capta y describe la huida del hombre actual con maestría indiscutible. El contenido de su libro es un panorama de miedo. Cosas que se pierden en la fuga, la imitación de Dios, la economia en el mundo, el lenguaje de la fe. Luego sus repercusiones en el arte. La imagen de la gran ciudad en el caos de la huida. Las palabras de San Agustín son como un hito en la fuga de la humanidad. Tras el fugitivo, Dios el perseguidor.

Los hombres de la Banca, de la Industria, de la Politica, de la Ciencia, de las Armas son todos fugitivos de Dios. *Gott ist nicht*. Es su grito histérico de guerra. La perspectiva es pavorosa: el que huye de Dios tiene miedo, palpa la infinidad del vacio a su alrededor. En el arte y literatura de la huida las imágenes están horriblemente deformadas, atrofiadas, destruidas. La materia se espesa y su expresión es fealdad.

Picard desarrolla todos estos temas con agilidad, la palabra se hace con frecuencia pincel. El lenguaje de la fe es un florecer de lirios, mientras la palabra de la huida es vibración anárquica. *Baum* y *Himmel* —árbol y cielo— un juego de fantasía que borda encajes de luz. Lectura instructiva.

L. Arias, O. S. A.

R. LOMBARDI, *Ejercitaciones por un mundo mejor*. Traducción de la cuarta edición italiana por Isidoro Martín. Madrid, BAC, 1962. XXXI-752 pp.

Las Ejercitaciones, desde su nacimiento en Buril, pequeña aldea en Suiza, se extienden con ritmo arrollador e impresionante por todos los rincones del mundo. El mensaje de Pio XII en febrero de 1952 les prestó aliento y vigor expansivo. Obispos y sacerdotes señalan su perfecta adecuación a las necesidades de los tiempos y su extraordinaria eficacia para la solución de los más urgentes problemas de la hora actual. Si cada necesidad tiene su remedio vivimos en la hora de las Ejercitaciones.

La obra del P. Lombardi sirve de guión para la reforma espiritual del Cuerpo místico de Cristo y es un semillero de sugerencias avaladas por la experiencia de miles de retiros. En sucesivas ediciones —cuatro en italiano— va revisando incansable su escrito a la luz de observaciones, experiencias e impresiones de una masa de ejercitantes imponente. Hoy prevee el autor que los posibles cambios no van a ser de importancia. Proyecta si un tomito donde resumir la esencia de esta obra, cuando el método propuesto haya sido bien entendido y no haya peligro de desviaciones.

Resulta el texto actual mejorado con relación a las anteriores ediciones pues desarrolla con mayor amplitud la doctrina del Cuerpo místico y adapta la liturgia a la finalidad y contenido de las Ejercitaciones, y los detalles han sido con esmero y diligencia cuidados. La reforma colectiva es fin confesado del curso. En los índices se añade el escriturístico y entre las ampliaciones figuran unas páginas sobre carácter, orden social y predicación. Conviene no olvidar que las Ejercitaciones son un libro para «practicar», no un libro de lectura. Su incorporación a la Biblioteca de Autores Cristianos es garantia de difusión.

L. Arias, O. S. A.

Universidad Pontificia de Salamanca

JOSEPH DE TONQUEDEC, S. J., *Les Principes de la Philosophie Thomiste.* I: *La Critique de la Connaissance.* Paris, 1961³. XXX-565 pp.

Esta obra del P. Tonquédec, que por tercera vez ve la luz pública, representó una aportación positivamente valorada en 1929, año de su primera aparición, a la que el transcurso del tiempo no ha hecho perder su valor. El ambiente filosófico se hallaba por entonces profundamente impregnado así de racionalismo como de vitalismo, y se dibujaban en los pensadores que se preciaban de seguidores de la Escuela movimientos en mayor o menor grado inficionados de tal ambiente o que abrigaban la pretensión de superarlo recurriendo a un semirrealismo, presentado como una justa posición intermedia entre el Idealismo y el Realismo. Tales posiciones adolecían de infiltraciones difícilmente asimilables por la netamente realista filosofía tradiciona. Fruto de ta mentalidad eran así el realismo mediato como el realismo parcial. De uno y de otro da buena cuenta el padre Tonquédec, en un estudio del conocimiento en general y del conocimiento sensitivo en particular, que puede ser en justicia considerado como definitivo y clásico en la materia. No nos parecen rayar a la misma altura los capítulos dedicados al conocimiento intelectual, amplios comentarios a las fórmulas legadas por Aristóteles y Santo Tomás, que el padre Tonquédec conoce minuciosamente y expone con fidelidad. Acentúa el autor, siempre que la ocasión se le ofrece, las diferencias que median entre el Estagirita y el Angélico de una parte y la orientación impresa a la filosofía por Descartes y Kant de otra, pronunciándose con decisión contra todo conato de concordismo de la mentalidad tradicional con la moderna. Fruto de un prolongado comercio directo con las más puras fuentes del saber filosófico, *La Critique de la Connaissance* del P. Tonquédec es un libro que jamás se lee sin recoger algún fruto.

Rafael L. de Munain, O. F. M.

SANTIAGO RAMIREZ, O. P., *La zona de seguridad.* «Rencontre» con el último epígono de Ortega. Salamanca, San Esteban, 1959. 309 pp.

Este libro es una defensa razonada de los anteriores, esta vez contra los ataques de Julian Marías en un folleto de 43 páginas, cuadernos Taurus, 1958, con el título: «*El lugar del peligro. ¡Una cuestión disputada en torno a Ortega!*» de tono agrio y acerbo.

En esta actitud de Marías se funda el uso del vocablo «Rencontre» en vez del «diálogo amistoso» con los otros tres epígonos.

Este libro de Ramírez es en sus exposiciones, exégesis y pruebas aún más minucioso que los otros anteriores, como si el grito de guerra del grupo orteguiano: «Ramírez no ha entendido a Ortega», hubiera hecho algún impacto en el profesor dominico.

Serenamente y con paciencia verdaderamente heroica expone otra vez Ramírez y justifica y comprueba ciertas verdades fundamentales, mal entendidas por Ortega y Marías, como la presencia de Dios en los cielos en cuanto implicada en su naturaleza, la naturaleza de la fe teologal, que nada tiene que ver con la fe que manipula Ortega, y sobre la naturaleza del hombre, punto capital de la filosofía de Ortega.

En todas estas materias demuestra varias veces Ramírez que quien no ha entendido a Ortega son los que han querido monopolizar la interpretación de Ortega.

La pasión ciega, y así se cometen errores de interpretación, según la emoción de simpatía o antipatía. Por ejemplo Ramírez había dicho: «Según la fe católica, Dios es una realidad —una cosa, *res*— en sí y por sí existente». Marías lo traduce así: «El P. Ramírez no vacila en afirmar, *sin más matices, que Dios es una cosa*». ¿Cómo sin más matices? Como que es algo que *existe por sí mismo*; es decir, es la realidad primera, increada, imparticipada. Nada tiene que ver con el concepto o término cosa, que usan los vitalistas del día como un útil pragmático.

La argumentación teológica que desarrolla a continuación el profesor de Friburgo no deja lugar a duda. El intento de querer limitar la consideración de *cosa* a lo creado solamente, apoyándose en un texto del Vaticano (D. 1805) resulta demasiado infantil en el inmenso cúmulo de testimonios e implicaciones concordantes.

Pero hay algo que ya no es infantil. En el Concilio IV de Letrán se define: «Credimus

Universidad Pontificia de Salamanca

et confitemur cum Petro Lombardo quod *una quaedam* summa res, incomprehensibilis, quae veraciter est Pater et Filius et Spiritus Sanctus... Quia quaelibet trium personarum est *illa res*, videlicet *substancia, essentia* seu *natura divina*» (D. 432).

Ante una definición dogmática al católico como tal no le queda otra vía que un asentimiento pleno y absoluto, entendiendo las palabras de la fórmula tal como las entiende la Santa Madre Iglesia.

El señor Marías conoce el texto dogmático del dicho concilio (p. 29, nota 4), y, no obstante, dice en la página anterior lo que sigue: «Si distinguiendo otras formas posibles de realidad, dice formalmente (el P. Ramírez), que Dios es *una cosa*, confieso mi incapacidad de comprender cómo puede *esto* conciliarse con la fe católica, que enseña precisamente la radical distinción de Dios respecto de toda *cosa*, de la «universitas rerum».

Con las actas del concilio a mano, Ramírez clarifica el sentido de los diversos cánones del Vaticano y el intento del canon quinto, que no es el que quiere el señor Marías (Cfr. p. 181 y ss.).

La verdadera gravedad de la polémica está en las palabras siguientes que transcribimos del libro de Ramírez, p. 180. «Acabamos de ver —dice— que el IV Concilio de Letrán definió como dogma de fe que Dios —la divina esencia— es *una cosa*: excelentísima ciertamente —*summa*— incomprensible e inefable, pero *cosa una quaedam summa res est*». ¿Confiesa, pues, el señor Marías su incapacidad de conciliar *esto* con la fe católica; es decir, la definición dogmática solemne del IV Concilio de Letrán con la fe católica?

La cosa es gravísima, porque eso es poner en cuarentena la infalibilidad y la verdad de una definición dogmática solemne. (Cfr. Vat. D. 1792).

Ortega, como es corriente entre los vitalistas de un grupo, pone en la categoría de *cosa* todo aquello a que atribuimos un *ser*, esto es, *una consistencia propia y ajena a nosotros*. (La idea de principio en Leibnitz, p. 171). Negar consistencia propia y ajena a nosotros en Dios, es sencillamente negar su existencia. De acuerdo con esto escribía Ortega en 1947, que Dios no es ni puede ser un ente. «Porque el Dios cristiano y el Dios de toda religión es lo contrario de un ente, por muy *«realissimum»* que se le quiera decir». (La idea de principio en Leibnitz, pp. 241-242).

«La exégesis del señor Marías, concluye Ramírez, es la falsificación del texto Vaticano y la negación de la doctrina católica enseñada y definida solemnemente por el Concilio IV de Letrán. No le voy, sin embargo, a llamar hereje —formal—, porque lo ha hecho sin darse perfecta cuenta de lo que hacía. Pero sí debo añadir que un poco de catecismo hubiera bastado para evitarle caer en tan tremendo desliz». «Porque a la pregunta: ¿Quién es Dios nuestro Señor?, responde el Astete: es *una cosa* la más excelente y admirable que se puede decir ni pensar... principio y fin de todas las cosas...».

Item más. El señor Marías escribe así en la página 29 de su folleto: «El P. Ramírez *sabe* que Ortega pensaba algo *tan absurdo* como lo que a él se le acaba de ocurrir —que pertenece a la fe católica que el hombre es animal racional— *aunque nunca dijo ni de lejos nada semejante*».

Ramírez demuestra con los mismos textos de Ortega en el tomo segundo y en el tercero que el filósofo de Madrid juzgaba firmemente que en la narración bíblica de la creación del primer hombre está contenida la idea de que era un animal racional, de que había recibido de Dios la racionalidad como un regalo y una dote natural.

De modo que la *explicación teológica* en la mente de Ortega es la misma explicación de Dios mismo en los primeros capítulos del Génesis.

Ya se sabe que Ortega rechaza esta definición del hombre como animal racional, como errónea, funesta, utópica, estólida, papaverácea.

Pero lo más gordo es que Ortega juzgaba bien al pensar que era doctrina católica la tal definición del hombre como animal racional, aunque él rechazara esa doctrina.

Hace un recorrido de las actuaciones del magisterio de la Iglesia sobre la definición de la naturaleza humana de Cristo y la de los demás hombres, que dan por término estas dos verdades —dogmas— de fe católica: «Primera, Jesucristo —verdadero y perfecto hombre como los demás— es, en cuanto hombre o en cuanto a su naturaleza humana, un compuesto sustancial de cuerpo humano y de alma racional o intelectual. Segunda, el hombre —todos los demás hombres— es un compuesto sustancial de cuerpo humano

Universidad Pontificia de Salamanca

y alma racional o intelectual, que es inmediatamente y por su esencia forma de dicho cuerpo» (p. 229).

No es una opinión particular de Ramírez. Tal es la fuerte claridad de los documentos aducidos que los teólogos convienen en calificar de fe católica estas dos proposiciones, como lo demuestra el elenco que pone a continuación.

«Ahora bien, observa el autor, un compuesto sustancial de cuerpo y de alma racional esencialmente unidos es lo que vulgarmente entendemos todos por un animal racional, incluso la Iglesia en sus definiciones, que no tergiversa las palabras que emplea, sino que las toma en su sentido natural y obvio. Porque la noción de hombre como animal racional, aunque perfilada e ilustrada por la filosofía perenne y tradicional no es de suyo una idea técnicamente filosófica, sino prefilosófica; es decir, común y natural a toda la Humanidad. Es un animal racional —que razona, que discurre— y locuaz —que habla—. Lo conocen y se dan cuenta de ello hasta lo más primitivos y salvajes». (L. c.).

En las definiciones dogmáticas sobre la humanidad de Cristo y sobre la naturaleza de los demás hombres, la realidad expresada por los términos animal racional estaba bien claramente enunciada.

«Y como la fe es primordialmente de las cosas o realidades más bien que de las palabras o fórmulas verbales, resulta que real y verdaderamente —por lo menos de una manera equivalente— *es de fe católica que tanto Cristo hombre como los demás humanos son* verdaderos y auténticos animales racionales. Deus... animo humano *rationis lumem* indiderit». (Ibid, p. 230).

De modo que un católico como tal nunca puede decir que es un absurdo lo que es doctrina de fe sobre la naturaleza del hombre; porque si lo hace a sabiendas ha dejado de ser católico.

La escapatoria que intenta el señor Marías con el artículo «Sobre el peligro y la seguridad», publicado en un diario madrileño (ABC) creo que el 17 de julio de 1960, está bien torpemente concebida; pues una opinión particular de un eclesiástico nada tiene que ver con una tesis teológica probada y demostrada. Triste sino el de servir de vehículo a inepcias cuyo único fruto es la confusión de cabezas, pues son muchos los que, sin culpa suya, no están dispuestos para interioridades de planteo y métodos de tratar una cuestión teológica.

El balance de todo este asunto no puede ser más favorable al gran dominico. Ha deshecho pacientemente los errores de interpretación que le atribuían los epígonos de Ortega; es decir, errores sobre el pensamiento de su maestro y *pari passu* ha demostrado en varias ocasiones que quienes desfiguraban el pensamiento del maestro eran sus discípulos.

En segundo lugar y con la aportación abundante de textos orteguianos ha hecho ver con claridad máxima la completa incompatibilidad de los principios fundamentales de la filosofía orteguiana con la fe y la moral del catolicismo, además de mostrarle (a Ortega) como un hereje formal, esto es, que niega a sabiendas verdades que la Iglesia tiene por reveladas. Digo a juzgar por lo que dejó escrito.

No deja de llamar la atención el hecho de que la polémica se haya querido llevar sobre puntos que guardan conexión precisamente con la fe.

M. Ortuzar, O. de M.

Lino GRANERI, *Estética pura*. Bari, 1962. 303 pp.

La estética no ha logrado su definitiva estructuración. Su objeto material es múltiple y dispar; en sus diversos tratados difícilmente se conquista la unidad y la evidencia, proliferan las opiniones y hasta se alzan procesos contra ella. Todo esto concurre a que la tentación de comenzar de nuevo sea cada día motivo de discusión y examen. Graneri ha caído en esta tentación. Después de someter a sereno juicio su ensayo podemos concluir que la nueva vía, por él abierta, no tiene más validez, ni ofrece mayores garantías que otros muchos intentos frustrados.

Para salvar la estética comienza Graneri por purificarla de todo aquello que, a juicio suyo, ha contribuido a su desgraciada fortuna. Ya el título de la obra alude a esta liberación de todo lo que no sea estética. Un examen muy somero de la historia de la

Universidad Pontificia de Salamanca

estética, en correlación con la historia del arte —éste antiguo de milenios, aquélla reciente de siglos— le lleva a la conclusión que el arte ha ido siempre ascendiendo porque se atiende a lo real, la estética, en cambio, ha ido en declive por la conexión que ha tenido con la filosofía. Importa, para salvarla, liberar a la estética de la filosofía y radicarla en lo real, como el arte y como la ciencia. Esta liberación es el primer paso en su cometido de renovación de la estética. Limpia de esa escoria, nos quedamos con la sola estética que, en definitiva, no es otra cosa que teoría acerca del arte. «Hay que tenerlo presente: dado el arte, como punto central, la estética constituye su teoría, como la producción de los artistas constituye su práctica» (p. 48). Pero Graneri huye de todo lo que esté asentado en la experiencia y por ello funda su teoría en lo que estima una base real. La estética se asienta en la misma realidad del cosmos y del hombre, quien emerge de la pura animalidad por tres necesidades específicas: la de conocer, la de creer, la de vivir lo bello. El dinamismo de tales necesidades, peculiares del hombre, da origen a la ciencia, a la fe y al arte, como a los tres tipos más característicos del hombre: el científico, el sacerdote, el artista. El arte brota de la naturaleza humana en su realidad. La estética, reducida a ser teoría del arte, tiene su base bien segura.

Una vez fundada, Graneri se ocupa en desplegar la teoría del arte a lo largo y ancho de sus diversos tratados: el artista y los elementos que precisa de inspiración y preparación: la obra de arte como término del proceso, en sus valores históricos y supratemporales, el arte en sí mismo; las arduas cuestiones de la libertad y la moralidad en la obra de arte; las diversas ramas del arte y su influjo social y educativo; el análisis de la situación actual del arte, disociado del legado histórico y del hombre mismo. Concluye con una síntesis valorativa de las conclusiones a que se ha llegado en la obra.

Para una exacta valoración de esta obra es preciso distinguir en ellas los elementos que han brotado de la fuente de su buen sentido artístico, que Graneri tiene muy cultivado y refrendado por un poderoso sentido común, de todos los otros elementos con pretensión de fundamentos de valor universal. De aquella primera fuente proceden las prudentes advertencias y consejos acerca de la libertad, de la moralidad, del sentido de la tradición en el arte, del valor permanente de las deficiencias en el terreno científico limitan el alcance de los mismos. Graneri, a pesar de su noble esfuerzo, no ha logrado la «estética pura», que intenta. Quizá porque ha intentado lo imposible. Estamos en desacuerdo con él en estimar que la filosofía «contamine» la estética; que esté sólidamente fundada la estructura de la estética que él presenta; que sea verdadera la opinión por él emitida sobre la moral, la fe y otros puntos secundarios diseminados en la obra.

Graneri no ha logrado «purificar» la estética de la filosofía, porque la teoría de la realidad, del hombre, de sus necesidades fundamentales, a lo que recurre como punto nuevo de partida, son, en definitiva, temas de auténtica filosofía. Lo deplorable es, que al desconocer la filosofía —a la que varias veces se declara ajeno— y tener pretensiones de alcance filosófico, ha desvirtualizado la estética, dejándola reducida a sola filosofía o teoría del arte y aún ésta sin fundamento sólido. Por más que invoque la experiencia, sus afirmaciones acerca del cosmos, del hombre, y de las tres necesidades, no pueden ser más ingenuas. No es ese el modo serio y científico de eliminar la filosofía del campo de la estética y de fundar a ésta. Este defecto de origen y fundamento ha repercutido en todo el proceso de la obra, falta de estructuración. Sólo los principios pueden unificar los múltiples datos de la experiencia. Los dos campos de la actividad del hombre teórico y práctico, contemplación y acción admiten unidad y complemento. Los principios en la ciencia son tan necesarios como la experiencia. Quizá de este defecto de visión unitaria del saber proceden también sus erróneos juicios sobre la ética: «el hombre aislado no tiene necesidad de moralidad» (p. 193) y sobre la fe: «La fe se encuentra en la misma posición que el arte: ni una ni otra dicen relación al campo racional, sino al afectivo: no a la mente, sino al corazón» (p. 298), con otra cadena de afirmaciones, fruto de la ignorancia en estas materias, ensartadas en las últimas páginas del libro. No es éste el lugar de refutarlas, como el libro no era el lugar de exponerlas. Malparado queda el arte y su teoría al reducirlo a un mero producto del corazón, sin intervención de la mente. Pero, a pesar de estas lagunas, el libro de Graneri reclama una nueva humanización del arte. Y en ello es digno de loa.

A. Lobato, O. P.

Universidad Pontificia de Salamanca

LAO-TSE, *Tao-Te-Ching*, La Gnosis taoista, Análisis y traducción por Carmelo Elorduy, S. J. Oña (Burgos), 1961. XLVI-225 pp.

Aunque el *Tao-Te-Ching* ha sido traducido varias veces a lenguas europeas, ésta es la primera versión que se publica en español. Pero el traductor no se ha contentado con esto. Ha querido acompañar el texto del filósofo chino Lao-Tse —redactado en lenguaje cortado, conciso y sentencioso, y por lo mismo, no pocas veces oscuro— no sólo de nutridas anotaciones marginales, sino también de una amplia introducción en la cual, al mismo tiempo que expone y explica su pensamiento, establece la comparación con otras corrientes orientales y occidentales. ¿Se da entre ellas verdadera relación de dependencia, o solamente hay coincidencia en temas y soluciones similares? Es difícil, y arriesgado, establecer filiaciones concretas cuando los datos son todavía tan precarios. Pero nada impide una transvasación de conceptos, a través de caminos que no han dejado huellas conocidas. Al menos es de admirar la erudición desplegada por el traductor para descubrirlas, estableciendo paralelismos de ideas, que en muchos casos sería excesivo atribuir a pura casualidad. De esta manera, al lado del mérito del libro en cuanto exposición del pensamiento de Lao-Tse, tiene el gran interés de un enorme acopio de datos sobre las corrientes indias, iranias, estóicas, pitagóricas, neoplatónicas, herméticas, prolongándose incluso hasta el Renacimiento y penetrando en la misma escolástica. Si no siempre llegan a convencer plenamente los paralelismos, por lo menos queda el valor intrínseco de los datos, abiertos a fecundas sugerencias. Debemos destacar el valioso Estudio preliminar con que el P. Eleuterio Elorduy, hermano del autor, ha querido enriquecer la obra, y en el cual se anticipan ideas similares en el sentido de una mayor aproximación del pensamiento de Oriente y Occidente.

Guillermo Fraile, O. P.

M. PRIETO RIVERA, S. I., *El derecho de los trabajadores a vivir*. Madrid, Edic. Fax, 1961. 252 pp. (Bibl. Cuestiones actuales, 45).

El autor divide su estudio en dos partes. Trata la primera del derecho de los obreros a participar en la distribución de lo producido en la empresa donde trabajan. Afirma que tal derecho se les debe de justicia conmutativa. Apóyase para demostrarlo en el principio: *Cada uno es dueño de aquello que produce*. Lo enunció ya León XIII en la *Rerum novarum* (n. 8); mas no dedujo todas las consecuencias lógicamente implicadas en él. El autor opina que una de ellas es la participación del obrero en el producto de la empresa.

El P. Prieto teme —y con razón— que esta doctrina va a chocar con graves dificultades y a suscitar numerosas objeciones. Aduce unas cuantas, y las refuta ingeniosamente con notable vigor dialéctico y literario.

En la segunda parte de su estudio trata de probar la necesidad de crear el seguro de producción y ganancia insuficiente, cuando ésta es inculpable por parte del obrero: y la conveniencia de que sea el Estado quien lo administre como lo hace con los demás seguros hasta el presente establecidos. También en cuanto a estos dos extremos teme lo mismo que en cuanto a la participación en los beneficios; y de igual modo polemiza en su defensa con decisión, ingenio y optimismo, esperando grandes ventajas para toda la sociedad en el caso de llevarse a la práctica su doctrina.

Al terminar la lectura del libro y después de aplaudir al autor, no puede uno menos de preguntarse: ¿Aceptarán los empresarios el que los obreros participen en los beneficios de la empresa sin participar también en los riesgos de la misma? ¿Y se resignarán los obreros a cargarse con la participación en tales riesgos?

En cuanto al seguro de ganancia insuficiente parece claro que llevará implícito el requisito de aumentar —quizá notablemente— los impuestos oficiales. ¿Y será eso factible y aceptable para el contribuyente español, que ya ahora pone el grito en el cielo? ¿Deberá aumentarse la burocracia estatal, cargando al Estado más aún de lo que ya está con la administración ordinaria?

El libro está escrito después de maduro examen y de consultar a técnicos en la materia. Algún lunarcillo, por ejemplo, el modo incompleto de citar a los pocos autores que cita

Universidad Pontificia de Salamanca

(pp. 29, 39, 53) no disminuye el valor objetivo de esta obra ni el buen método de su autor, y la prudencia y respeto con que propugna una causa noble, justa y cristiana; a pesar de que algunas de sus ideas aparezcan como algo avanzadas; y algunas de sus esperanzas quiza resulten utópicas, a lo menos por ahora.

Pelayo de Zamayón, O. F. M. Cap.

DESIDERII ERASMI ROTERODAMI, *Opera omnia emendatiora et auctiora*. 10 tomos en 11 volúmenes folio. Reedición anástática. London, Gregg Press, 1962.

La reconocido importancia de Erasmo para la historia de las ideas del siglo XVI y de sus varias corrientes, que ha sido estudiada en los últimos tiempos con insistencia, y la dificultad de encontrar a mano las voluminosas obras del insigne humanista, han hecho madurar el proyecto de una reimpresión de alguna de las ediciones antiguas por métodos modernos que pudieran hacerla fácilmente accesible. El notable proyecto lo ha llevado a cabo en corto tiempo el editor de Londres Gregg, dándonos una nueva edición de las Obras de Erasmo en presentación impecable.

Después de las varias ediciones antiguas, ninguna todavía perfecta, solamente el epistolario había obtenido una magnífica edición, acabada con el 12 volumen de índices en 1958: es la edición de Allen. Para las otras obras resulta sin duda la mejor la de Basilea a principios del siglo XVIII. Y es precisamente ésta la que se ha tomado para reproducirla anastáticamente ahora.

Con ella se facilita a los estudiosos la consulta de la actividad literaria de Erasmo en su conjunto. Lo que servirá seguramente, no sólo para apreciar su influjo, muchas veces difuso, aun en tendencias de nuestros días, sino también para formarse un juicio más exacto de su pensamiento y de su carácter.

J. A. de Aldama, S. I.

Joaquín IRIARTE, S. I., *Pensadores e Historiadores*: I. Casa de Austria (1500-1700). Madrid, Razón y Fe, 1960. 624 pp.

Este volúmen constituye la segunda parte de una tetralogía, que bajo el título de «Pensadores» se propone publicar el autor; fue la primera el volumen titulado *Pensares y Pensadores*, aparecido en 1958. El P. Iriarte, pretende diseñar en este volumen los avatares culturales recorridos por España durante los dos siglos en que rigió sus destinos la Casa de Austria. No pocas de sus páginas habían visto la luz pública en forma de artículos y monografías; cobran con todo nueva luz y significación al aparecer insertas en un contexto más amplio y ser releídas desde el punto de vista panorámico de una totalidad histórico-cultural, dotada de cierto carácter unitario. Al abrirse el período estudiado, España ostentaba la palma de la cultura, palma que al cerrarse el siglo XVII había pasado a manos extranjeras. Las egregias personalidades, despaciosamente descritas, de Cisneros, L. Vives, Vitoria y Loyola, cimas en sus respectivos terrenos, señalan el punto más alto de la presencia española en el momento histórico-cultural representado por el Humanismo. La Pragmática de 22 de noviembre de 1559, por la que Felipe II prohibe a los naturales de sus reinos ir a estudiar fuera de ellos, desconectó a los estudiosos españoles del pujante movimiento científico, de que era testigo Europa. España vuelve su espalda hacia Europa, para encararse sin reservas con América y con Dios. Teólogos, Místicos, Misioneros, Colonizadores, de superior calidad y en cantidades ingentes, compensan, creemos, con creces la escasez de matemáticos y naturalistas. La espléndida floración mística, ornato y prez de este período, ha puesto en la historia los tipos humanos más perfectos, de que puede gloriarse la humanidad. La filosofía más moderna ha hecho con Bergson clara justicia a científicos y místicos, elevando a éstos por encima de aquéllos; aunque sí en algunos de sus aspectos parciales, en la balanza general de la cultura no resulta España minimizada. Es posible pasar por la ciencia a Dios, pero los expertos saben que como a Dios mejor se alcanza es «toda ciencia trascendiendo». Creemos por ello que el P. Iriarte concede un tanto alzado de importancia a las valoraciones de

Universidad Pontificia de Salamanca

Ramón y Cajal, el cual, como científico especialista que fue, y de calidad por cierto no común, culpa de los males de España a la falta del cultivo de las ciencias naturales, a que en Europa se consagraba por aquellos días una pléyade de hombres, que arrancaron a la naturaleza sus secretos y transformaron la vida humana sobre el planeta. Más negras sombras entenebrecen el cuadro; la historia de la cultura europea de aquellos siglos, con exclusividad volcada hacia la ciencia, nos presenta una humanidad progresivamente alejada de Dios y concentrada en el mundo material o enclaustrada en la inmanencia del sujeto. No es posible tenerlo todo. En trance de escoger preferible es más Dios y menos tierra, que más tierra y menos Dios.

Rafael L. de Munain, O. F. M.

Romain WYLLY-PAUL, *Saint Norbert un européen*. Lyon, Emmanuel Vitte, 1960. 283 pp.

La cubierta consiste en un mapa de Europa sobre el que se ha tratazado una trayectoria de los viajes de San Norberto, y el mismo título dicen suficientemente cuál es la orientación del mismo. Recoge los datos que se ofrecen en los mejores estudios biográficos y doctrinales sobre el santo y los proyecta con un criterio actual. Obra muy documentada, aunque sin notas eruditas, remitiéndose el autor a una completa bibliografía que viene al final. Está escrita en un estilo moderno, sumamente sugestivo, que hace muy agradable la lectura. La figura de San Norberto destaca en todas sus colosales dimensiones, al través de los datos aquí acumulados.

En alguna ocasión el entusiasmo que el autor siente por San Norberto le lleva a tomar un aire panegírico. Apenas se señala el tributo que el santo pagó a las ideas de su época. Pero es un lunar insignificante.

La presentación muy cuidada y agradable. También por este concepto el libro se lee con verdadero gusto.

Lamberto de Echeverría.

José RODRIGUEZ GONZALEZ, *La nulidad del matrimonio por miedo en la Jurisprudencia Pontificia*. Vitoria, Seminario, 1962. XV-243 pp. 24 cm. («Victoriense», 15).

No es ciertamente este libro una improvisación. El autor hizo ya una exposición amplia del tema en la IV Semana de Derecho Canónico celebrada en septiembre de 1951 en el monasterio de Montserrat; ponencia que apareció en el volumen titulado «Las causas matrimoniales», editado por el Instituto San Raimundo de Peñafort, en el que recogen las ponencias de aquella Semana.

Desde entonces el autor no ha dejado de trabajar el tema en el tiempo que le dejaban libre sus cargos de canónigo, provisor y maestro en el Seminario de la Diócesis mallorquina. Resultado de este constante trabajo es la tesis doctoral defendida por el Dr. Rodríguez en la Facultad de Derecho Canónico de Salamanca; dicha tesis, con leves retoques, constituye el libro que presentamos.

La situación personal del autor es especialmente ventajosa para escribir un libro como éste. Dedicado desde hace muchos años a la práctica judicial, conoce el tema que trata no de lecturas, ni de oídas, sino del ejercicio diario de la profesión. Por eso, sin duda su libro no es un trabajo teórico ni abstracto. La seriedad del estudio que ha dedicado a su tema le ha salvado del otro escollo posible en un hombre de práctica; el de hacer una exposición minuciosa, casuística y científicamente quebradiza. En este libro se hermanan perfectamente la solidez de la construcción doctrinal y la atención constante a la realidad práctica y a la forma concreta con que se presenta la intimidación en los que contraen matrimonio por miedo. Esta atención se transparenta, no sólo en la descripción de la línea jurisprudencial de la que se recogen con tino las sentencias pertinentes; se adivina también en la redacción de la parte doctrinal penetrada de la visión práctica de los problemas.

Universidad Pontificia de Salamanca

El resultado de esta preparación ha sido un libro excelente; el mejor libro existente en el mercado actual sobre las causas de nulidad por miedo. El temario es completo, la exposición doctrinal consistente y coherente, el estudio de la jurisprudencia puede considerarse exhaustivo y muy superior a los de Holbök y de Lazzarato, la redacción clara, el lenguaje selecto, la bibliografía ni corta ni larga y además sincera, la jurisprudencia bien citada.

Libro utilísimo para el profesor e imprescindible para el profesional de las actividades judiciales canónicas, llámese juez, fiscal, abogado o defensor del vínculo. Lo recomendamos calurosamente.

Tomás García Barberena.

Universidad Pontificia de Salamanca